

 ***Domingo III, Tiempo Ordinario –ciclo C-***

Uno de los mensajes de la Palabra, en este tercer domingo del tiempo litúrgico que estamos viviendo nos adentra en el sentido de la misericordia como actitud de interés hacia la situación del otro. Un interés que en Dios significa volcarse totalmente hacia la necesidad que descubre y el deseo de verla superada, y junto a ese deseo una inmensa paciencia. *¿Incluye nuestra relación con otras personas esa actitud benevolente y paciente?* Entonces somos misericordiosas/os.

**Textos**: **Éx**odo 3, 1-8a. 13-15, **Sal**mo 102 1-8. 11; **1Cor**intios 10,1-6. 10-12; **Lu**cas 13,1-9

* *Moisés ha pasado de ser un príncipe de Egipto a ser un prófugo en el desierto.*

Pero la suya está lejos de ser una situación pacífica, ante todo, sigue acosado por ese deseo inmenso de liberad y de búsqueda que va transformando su vida. Deseo que se expresa de manera casi tangible en la visión de la zarza que ve arder *sin consumirse*. Una zarza que arde tanto o más en su interior que en el exterior. Y es ahí, en su ser más íntimo, donde el hombre que ha escapado de sus perseguidores, el hombre que ha buscado la soledad del desierto y ha reorientado en él su vida, se encuentra con el Dios de cuya presencia es imposible huir. Pero para poder entrar en diálogo con él y conocerle, ha de *descalzarse* de sí mismo; no huir de sí mismo como ha venido haciendo, sino despojarse de sus *revestimientos* externos y entrar en lo mejor de sí mismo. Solo en esa actitud renovada y sincera está en condiciones de conocer a Dios, sus sentimientos y sus deseos más íntimos: liberar al pueblo que está oprimido y al cual el mismo Moisés pertenece. Un pueblo al que, sin saberlo tal vez, pertenecemos todos aquellos/as que nos encontramos en situaciones de esclavitud, se llamen como se llamen esa opresiones. La realidad es que el mundo es esclavo y sufre… Y que nuestra esclavitud y nuestros sufrimientos ¡le duelen a Dios! De modo que si alguien se siente llamado a ser artífice de su acción liberadora entre sus hermanos, que se ponga a la escucha, que se descalce de sus intereses egoístas, que dialogue con Dios y cumpla su misión. Ojalá seamos muchos y muchas pues el mundo sigue siendo amado misericordiosamente por el único que ***Es*** y ***hace ser:*** Yhaveh.

* El reconocimiento del amor compasivo y misericordioso de Dios nos hace ver la vida y las circunstancias en las que la vivimos de una manera diferente; nos hace ser libres, gente misericordiosa y compasiva, como nuestro *Padre-Madre*.
* *La ignorancia son solo nos aísla de la realidad actual, desfigurándola y disminuyéndola…,*

sino que también nos empobrece y nos aleja del verdadero sentido de la historia, de nuestra historia. Es lo que el apóstol Pablo no está dispuesto a aceptar dentro de la comunidad que sigue a Jesucristo. No podemos jactarnos de una realidad en la que no esté reconocido el pecado y acogido el perdón y la liberación de la que hemos sido objeto. Y si nos conocemos, si conocemos el barro del que estamos hechos, la soberbia, el orgullo y el ánimo altanero no tienen lugar en nuestras relaciones personales ni mucho menos en la relación que entablamos con Dios. Para que la verdad alumbre la vida, el pecado también necesita ser reconocido no codiciado, y el perdón aceptado. *“Por lo tanto, el que se cree seguro, ¡cuidado no caiga!*

* De eso advertía también Jesús a sus oyentes. Suceden muchas desgracias que no alcanzamos a comprender y vernos alejadas de ellas nos lleva a pensar que algo malo habrán hecho aquellas personas a quienes les alcanza, o algo bueno quienes se han librado. Jesús cambia o pretende cambiar esa manera de valorar los hechos y juzgar a las personas. Dios mira el corazón de la gente y lo único que busca es un corazón sincero y capaz de asumir su realidad tan cual, para después abandonarse confiadamente en a la misericordia divina que si bien es justa, es, sobre todo compasiva y paciente. El Hijo, Jesucristo, nuestro hortelano sabe que el Padre no permitirá que se pierda ni una sola de las personas que, queriendo convertirse y dar frutos para el reino de Dios, no se emplean suficientemente en ello y tardan en reaccionar. Jesús, que conoce nuestra materia, aboga en nuestro favor una y otra vez, un año o tres… ¡o los que haga falta! Porque la misericordia no tiene fin. Lo que pasa es que cuanto antes lleguemos a vivir la alegría del perdón antes entraremos a disfrutar de la plenitud de su amor. Esta tarea de conversión se aviva en Cuaresma ¡no dejemos que sea tiempo perdido; cierto, otro tiempo habrá pero…¡el amor también conoce la impaciencia y sufre la ausencia! como lo pone de manifiesto el *Cantar de los cantares*. ¿por qué no vivir ya una Cuaresma que lleve grabado el sello de la Pascua?

***Trinidad León Martín, mc***